LEOPOLDO DE LUIS

ELEGÍAS DE STRUGA

(1990)

DEDICATORIA

Al poeta macedonio Mateja Matesvki
y a los poetas españoles
José Gerardo Manrique de Lara
Carlos Murciano
Justo Jorge Padrón

VERSOS ESPAÑOLES EN SANTA SOFIA DE OHRID

En Santa Sofía la lengua española
volaba inmutable
como una paloma entre muros
de piedras de luz medievales.

El tiempo adhería colores y rostros
y escenas de sacros alardes.
La furia y la guerra injuriaban
la pátina ingenua del arte.
Fragor de conquista y asalto,
calor de martirio y de sangre.
Temblor adjurado: Dios cambia
de nombre y de ritos gremiales.
La bóveda herida de arpegios,
de murmullos confusos y orantes.
Desfile de viejas leyendas
que dejan piadosos bagajes.
De pronto soñamos que todo
se hace pájaro azul en el aire,
se torna presente, recobra su esencia
y adquiere verdad y realce
igual que si fuese una dulce colmena
y Dios destapara su enjambre.
Milenios y levas, los siglos, las gentes
de súbito en música y luces renacen.
Pasado que vuelve, espectros que vuelven
y pugnan con nuevo calor y coraje.

En Santa Sofía la lengua española
cortaba lo mismo que un sable
la tela de araña del tiempo
y Dios daba un paso adelante.
Los versos sonaban a historias que vuelven
de ayer, y al hoy se unen con lírico engarce.
Es todo presente. Levántase todo
en un invisible, místico combate.
Aquellos que un día vivieron, no viven,
pero con nosotros su espíritu aún arde.

Aquellos que hicieron al ara primera
devuelven al templo sus sacros remates.
Aquellos que oraban pintando su símbolo,
su símbolo en música y en luces deshacen.

En Santa Sofía la lengua española
—sus versos de claro lenguaje—
con óleos de pura armonía
consagra de nuevo los viejos altares.

ANUNCIACIÓN DE OHRID

La Anunciación de Ohrid tiene un arcángel
con sólo un ala al aire decidida.
Bajo un dosel la Virgen es un sueño
de primavera en dulce espectativa.
Acumulando siglos las paredes
su oración de color dan todavía:
un ala las sostiene, la otra cae
como música un punto suspendida.

Quizá a través del tiempo, adivinando
nuestro vivir, nos da el lejano artista
la lección de que un ala, sólo un ala,
basta, si es pura, a sostener la vida.
Sueños de luz y soplos de esperanza
en un ala, inseguros, se deslizan,
un ala que se bate contra el viento
amargo y de su cólera nos libra.

La libertad no tiene más que un ala,
no tiene más que un ala la alegría
y si el pozo del tiempo contemplamos
vemos que madre fue un ala benigna.

¿Qué es el amor, sino un ala desnuda
que busca inútilmente compañía?
También ser joven es volar tan sólo
con un ala envidiosa de la cima.
Años abajo, de un ala depende
que nuestra armazón salve de la ruina.

Todo en el aire está, todo es un vuelo
peligroso, ¿qué pluma lo amortigua?

Voy a rezar al ángel de Ohrid para
que me preste su ala compasiva.

Leopoldo de Luis y Amelia Díez.

SANTOS RECINTOS

Me arrodillo en los monasterios
y me descalzo en las mezquitas.
Algo que aún quema viejas leñas
su azul rescoldo precipita.
Antiguos ritos en figuras y orlas
lentos colores armonizan
y las paredes nos envuelven
con el fervor desde las criptas.
El suelo dice a nuestras plantas
que la tierra nos necesita
y la llamada trascendente
del alminar el cielo frisa.
Llega la luz por las ventanas
deshecha en rosas amarillas
y sentimos que son los siglos
lo que al silencio nos concita,
la tradición la que nos pone
su niebla dulce en las pupilas.
Los iconos asomados a
la plata de su lacería
nos contemplan con la mudez
de su ternura primitiva.
Su melopea va al Corán
repitiendo con monotonía
mientras tiembla por el salterio
la trenzada música bíblica.

Fervor distinto que consigue
doblar en ambos la rodilla
y en el aire santo poner
la palabra que no termina.
Viejas creencias que el temor
y la esperanza reunifican.
Van místicos por monasterios
y suffies van por mezquitas.
Entrar y salir de recintos
de fe los veo con envidia.

Agnosticismo, viejo perro
que roe el hueso de mi vida.

PALACETE FRENTE AL LAGO DE OHRID

El hombre que habitaba estas paredes,
que en este bosque hundía su mirada,
que se sentó a esta mesa, que sus huesos
en estos mismos muebles descansaba,
el viejo luchador cuya presencia
invisible se siente en esta casa,
el que hoy es sólo sombra repentina
apoyada en las últimas barandas
fronteras del espejo lento y mudo
del lago, un día recorría España.

Y lo adivino junto a aquel muchacho
que fui, que joven estrenaba
un traje de aventura y sufrimiento
y un corazón de lucha y esperanza.

Vamos juntos por campos bombardeados
y por tristes ciudades derrumbadas
bajo el cielo amarillo de Castilla,
el cielo blanco de Levante, la alta
mano azul de los cielos andaluces,
el cielo gris que el verde Norte empapa.

Viene mi juventud con sus espumas
de mar, con sus clepsidras de agua
confusa y transparente, con su tierra
de música y de sangre atravesada.

Un hombre, sólo un hombre o una sombra
que su perfil evocador levanta
bastante es hoy para que la figura
de aquel adolescente en mí renazca.

Es un trozo de vida lo que vuelve
a habitarme de pronto esta mañana,
es un pequeño perro de memoria
lo que por dentro al corazón le ladra
cuando la sombra de este viejo artífice
sale a mi encuentro al recorrer estancias
de un recinto cercado por los cedros
que el lago de Ohrid en sus espejos guarda.

REUNIÓN DE POETAS

¿Se aloja en la belleza del paisaje
o llega en cada uno de nosotros?
¿Es una realidad bella y estática
o nace si la miran nuestros ojos?
¿Pasa única, vestida de distintas
ropas, o en cada veste es alma y rostro
diferentes? ¿Nos busca o la buscamos?
¿Es un lenguaje matinal o un soplo
de atardecer? ¿Mañana exacta y pura
se mantendrá, después de nuestro acoso?

LAS 2001 NOCHES

DIRECTOR:
Miguel Oscar Menassa.

SECRETARIA DE REDACCION PARA EUROPA:
Carmen Salamanca Gallego.
FERRAZ, 22 - 2.ª Izda. 28008 MADRID (ESPAÑA).
Teléfono: 91 542 33 49 – Fax. 91 548 33 01

SECRETARIA DE REDACCION PARA AMERICA:
Karina Pueyo.
MAIPU, 459 - 1.er piso. 1006 BUENOS AIRES (ARGENTINA).
Teléfono y Fax: 328 06 14/07 10.

LAS 2001 NOCHES DIGITAL:
http://www.grupocero.org/2001noches/2001.htm
grupocero@grupocero.org

Pasan sus oficiantes, ¿en su música
va el secreto, o habrá música en todos?
Pasan distintos. Cada uno, acaso,
se siente el elegido de su trono,
pero quizá no sea sino oscuro
pretendiente de un mítico tesoro.
¿Son pescadores de sirenas o
son artesanos de juguetes rotos?
¿Perlas encuentran en moluscos muertos
o pobres gemas en sus propios pozos?
Se miran con recelo, como si
sus monedas pudieran robar otros.
Sin embargo sonríen: creen tener
las claves mismas de lo misterioso.
Buscan la trascendencia, pero a veces
elaboran un mero soliloquio
y van entre la duda y la pregunta,
entre su corazón y el testimonio.
Dionisiacos exultan de alegría
o entran sombríos en su sacerdocio.
¿Por qué propagan la belleza si
creen ser dueños de su monopolio?
Lanzan barcos al mar de la hermosura
y piensan ser su capitán a bordo.
Aquí están los poetas, ¿quién diría
que un ángel se ha posado en cada hombro?

Pero la Poesía vive porque vive
cada uno de ellos. Y por eso sólo.

ATARDECER EN LAS COLINAS DE STRUGA

Esa mujer de luz que muere en las colinas
debe de ser mi alma. El frío siento
de la tarde que sube desde el lago
donde se ahoga otra mujer de tiempo.

Mujer de luz, mujer de tiempo: alma
que se confunde en un doble silencio.

Cae la tarde en Struga.
Aquel que vio morir el sol tan lejos
de estas orillas, ¿es acaso el mismo
que se sostiene en mis cansados huesos?

Quizá yo sea del lugar extraño
que emocionadamente ahora contemplo.
Quizá nací en alguna de estas casas
que van ahora ojos de luz abriendo,
y vi a mi madre en la ventana aquella
asomada esperando mi regreso.

No hay tiempo, no hay lugares
ya para mí: todo es un mismo sueño,
todo una misma casa donde alguien
parte el pan y pregunta por el cuervo
de la vida que va cada mañana
dejando los estigmas de su vuelo
y cada tarde va a posarse sobre
la sombra fugitiva de los muertos.

No hay países, no hay patrias:
esta es mi patria tanto como el suelo
en que lloré de niño, como hoy lloro
en brazos de esta tarde, último fuego
de esta única tarde que es la vida
—mujer de luz y tiempo—
acongojada en lágrimas de luz
del Drim en los espejos.

CASA EXTRAÑA CONTEMPLADA AL ATARDECER

¿Cómo he entrado en esta casa
que no es mi casa ni tiene
—rastros de años y sucesos—
mi retrato en las paredes?
Sus habitantes no ven
que soy un extraño huésped;
entran y salen, se sientan
o se levantan, se mueven
como si yo no estuviera
o cual si una sombra fuese.
Oigo frases que no entiendo
y hablo lo que no me entienden.
Su vida sencilla cumplen
los hombres y las mujeres
de la casa donde estoy
tan presente como ausente.
Parten un pan que no como,
no bebo el agua que beben
y aunque me siento cansado
no tengo donde caerme
muerto, ni vivo tampoco,
porque no está aquí mi muerte.
«¿No eres de aquí?» me preguntan
las amorosas paredes,
y yo quisiera decir
que sí soy, que sí me deben
acoger porque me muero
de tantos atardeceres.
«¡No eres de aquí!», me rechazan
los viejos y oscuros muebles
donde quisiera dejar
mis huesos que el tiempo vence.
Lejos de mi casa, sueño
en esta casa esconderme
y dar cobijo a las ruinas
de lo que aún me pertenece.
Es tarde. Dejar no puedo
a esta niña a la intemperie,
a esta niña que me sigue
y que Alma por nombre tiene.

Un viento que las ventanas
cierra y la puerta enmudece
me empuja hacia afuera y
echarme de casa quiere.
(¡Si esta casa me acogiera
por última vez, clemente!).

Pero el viento sin piedad
repite veces y veces
mientras golpea las puertas:
«¡No tienes aquí tu muerte!»

Leopoldo de Luis y Miguel Menassa

ME SIENTO EXTRAÑO

Somos una costumbre, un gesto, un modo,
una manera de mirar, acaso.
Pequeños movimientos nos distinguen,
leves fórmulas marcan signos, rasgos
que se hacen peculiares nos conducen
por rutas diferentes a escenarios
de vida en que los viejos papeles suenan como
otro cuento distinto y necesario.

Me doy cuenta que estoy hecho de mínimos
materiales de vida moldeados
por antiguas liturgias, ritos graves,
ceremoniales de confusos hábitos
que me hacen lo que soy y ponen
su irremediable marca en mi costado.

Soy un pequeño mundo con sus normas,
sus leyes, sus funciones, sus mandatos,
su inevitable proceder, su modo
de respirar. No doy un sólo paso
que no proceda de una antigua historia
y que no esté a un sistema acomodado.

¿Será la forma de partir el pan,
como *Emmaus?* ¿Será cómo alzo el vaso
para el agua que bebo? Breves signos
caracterizan mi talante humano
y me hacen tan reducto de costumbre
y soledad, que ahora me siento extraño.

ME SIENTO SOLIDARIO

Y sin embargo sé que soy lo mismo,
que algo nos une irremediablemente,
que un recorrido igual está esperándonos
y una misma materia nos sostiene.

Hay una misma sangre, un mismo río
de vida golpeando en nuestras sienes
y una misma esperanza se hace angustia
en la garganta y en el pecho siempre.

En los espejos cruzan de los ojos
árboles, lagos, tierras diferentes,
pero una sola flor los unifica:
es la roja azucena de la muerte.

SE PREGUNTA POR LOS POETAS EN EL PARQUE DE STRUGA

Los árboles recuerdan
a los poetas que dejaron sombra
plantada entre raíces invisibles
y cruzaron su voz como palomas
hacia la luz de Struga, sobre el río,
sonando entre la fronda.

Los árboles son manos
de poetas que escriben su remota
lección en el papel azul del viento.
El parque es una madre que se arropa
con vestidos fugaces y amarillos
y verdes, en sus telas transitorias.

¿La poesía está en estas raíces
o está sólo flotando en la memoria?

Pasa la vida, su diario
trajín, sus mínimas historias,
su cotidiana realidad sin música,
el beso frío de sus pobres bocas.

Los poetas pasaron. Hay algunos
a quienes un alfil de muerte escolta.
Otros, escriben lejos sus poemas,
a qué distancia de estas lentas rosas
que ya no huelen para ellos,
desterrados de luz premonitoria,
prófigos de paisajes repentinos
que el Drim refleja y sus estampas moja.

¿Dónde están los poetas? ¿Son los príncipes
que aquí, sobre este puente, ciñeron sus coronas?
No son más que los hombres alejados
que clavan en sus íntimas panoplias
el recuerdo de un día y ejecutan
su oficio de engañosa
realidad, de verdades inventadas
y espacios de palabras rotas.

Pasaron los poetas. Nada queda
de ellos, sino la pálida magnolia
quebrada de su voz, que el viento imita
urdiendo de los árboles las copas.
No son sus huesos las raíces, sólo
son barro y sueño en invisibles bodas
bajo la tierra que una vez pisaron
y que sus huellas en la luz se borran.

Hoy mis ojos, mi alma, mis recuerdos,
a los árboles graves interrogan
por los poetas. Les responde el río,
una vez más de vida metáfora sonora.

LOS POETAS DE MACEDONIA

Los poetas de Macedonia
cantan su patria en primavera.
Han enterrado el invierno
en el fervor de sus poemas.
Vienen de las *Auroras blancas* de Racin
el *Equinoccio* de Mateja
Matesvki, y con Strezovski
dan *Pasos en el tiempo.*
Consideran
con Mihail Rendzov
que existen para ser la diferencia.

No hay dos cosas iguales en el mundo.
tampoco en Macedonia la tierra
es igual a otras tierras, sus campos
no son iguales a otros campos, aunque de la misma
manera
pisen nuestros pies el polvo,
nuestras manos se mojen en sus riberas
y vuelen azulmente los cielos
sobre nuestras cabezas.
Su tierra, su agua, sus cielos, distintos
son, y el secreto lo tienen los poetas.

La aurora es más blanca en Macedonia,
son más abril sus primaveras,
el equinoccio más hermosamente
sus luces y sombras nivela
y los pasos del tiempo
se acompasan mejor al eje del planeta.

No, no hay dos cosas iguales en el mundo
y los poetas dan con la clave de la diferencia.

LA MUJER DE LOS OJOS DE ACERO

He visto a una mujer de ojos de acero
con un traje de novia hecho jirones,
el gesto diluvial de un aguacero,
habitante de antiguas poblaciones.

Recuerdo bien el rostro de esta anciana
en cuya helada casa estuve un día:
mi juventud de entonces ni veía
el paisaje cruel tras la ventana.

Un campo gris, adusto, casi yerto,
cenicienta colina planetaria,
un árbol del que cuelga un fruto muerto
y un cielo de tersura temeraria.

La mujer removía su vestido
entre los brazos de los rotos muros.
Salí de aquella estancia convencido
de que mis ojos eran más oscuros.

Porque la casa oscuramente amuebla
un mobiliario herido de carcoma,
armarios que contienen unas ropas de niebla,
espejos en que el rostro de un pobre niño asoma.

Y la cama de sábanas hostiles
donde han dormido ciegos regimientos
que dejaron inútiles fusiles
encasquillados de remordimientos.

Alguien sacude antiguos reposteros
y descorre amarillos los estores,
escribe en las paredes nombres de prisioneros
y confía en los viejos desertores.

Y la mujer de ojos de acero mira
tras de las polvorientas cristaleras.
El odio en sus estancias nuevamente conspira
y huéspedes de llanto suben sus escaleras.

Siempre hay dos en la casa de esta mujer, habitan
dos seres siempre opuestos y enfrentados.
La mujer sabe cuántas miserias los concitan
y con ellas los tiene sádicamente atados.

Hoy vuelvo a ver la casa de esta vieja
mujer. Los que golpean su postigo
olvidan que el rencor nunca se aleja
y que ellos mismos son el enemigo.

FRESCORES

CESARE PAVESE

DIÁLOGOS CON LEUCÓ LA FLOR

Es de una meridiana evidencia que a este acontecimiento dulce-atroz de un dios primaveral, como Apolo el Claro, y que no llega a disgustarnos, asistieron los leopardinos Eros y Tánatos.

(Hablan Eros y Tánatos)

Eros. ¿Esperabas este acontecimiento, Tánatos?

Tánatos. Todo lo espero de un dios del Olimpo. Pero no que terminase de esta manera.

Eros. Por fortuna, los mortales la llamarán una desgracia.

Tánatos. No es la primera vez y no será la última tampoco.

Eros. Entretanto, Jacinto ha muerto. Las hermanas ya lo lloran. La inútil flor rociada con su sangre centellea ahora en todos los valles del Eurotas. Es la primavera, Tánatos, y el niño no la verá.

Tánatos. Donde ha pasado un inmortal brotan siempre estas flores. Pero las otras veces hubo por lo menos una fuga, un pretexto, una ofensa. Se resistían al dios o cometían impiedad. Así ocurrió con Dafne, Elino, Acteón. Jacinto, en cambio, fue sólo un niño. Pasó sus días venerando a su señor. Jugó con él como juega un niño. Estaba aturdido, asombrado. Tú lo sabes bien, Eros.

Eros. Ya los mortales comentan que fue una desgracia. Nadie piensa que Apolo el Radiante no suele equivocar sus golpes.

Tánatos. He asistido solamente a la forzada sonrisa con que siguió el vuelo del disco y lo vio caer. Lo lanzó hacia arriba, en el sentido del sol, y Jacinto levantó los ojos, las manos, y lo esperó encandilado. Le cayó sobre la frente. ¿Por qué ocurrió esto, Eros? Tú seguramente lo sabes.

Eros. ¿Qué debo decirte, Tánatos? No puedo enternecerme por un capricho. Y también tú lo sabes— cuando un dios se acerca a un mortal, siempre sobreviene algo cruel. Tú mismo has hablado de Dafne y de Acteón.

Tánatos. ¿Qué ocurrió, entonces, esta vez?

Eros. Ya te lo he dicho, un capricho. Apolo el Radiante quiso jugar. Descendió entre los hombres y vio a Jacinto. Durante seis días vivió en Amiclea, seis días que a Jacinto le transformaron el corazón y renovaron la tierra. Después, cuando al señor se le ocurrió irse, Jacinto lo siguió con la mirada extraviada. Entonces el disco le cayó entre los ojos...

Tánatos. No. Apolo el Radiante no sabe qué es llorar. Lo sabemos nosotros, dioses y demonios niños, que ya vivíamos cuando el Olimpo era solamente un monte yermo. Hemos visto muchas cosas, hemos visto llorar también a los árboles y a las piedras. El señor es distinto. Para él seis días o una existencia no son nada. Nadie supo todo esto tan bien como Jacinto.

Tánatos. ¿Crees en verdad que Jacinto haya comprendido estas cosas? ¿Que el señor haya sido para él algo más que un modelo, un compañero mayor, un hermano fiel y venerado? Yo solamente lo vi cuando tendió las manos durante la competencia— sobre su frente no había más que confianza y estupor. Jacinto ignoraba quién era Apolo el Radiante.

Eros. Todo es posible, Tánatos. Puede ser también que el niño nada supiese de Elino y de Dafnis. Es difícil decir dónde termina la desazón y dónde comienza la fe. Pero seguramente vivió seis días de ansiosa pasión.

Tánatos. ¿Según tu opinión, qué ocurrió dentro de su corazón?

Eros. Lo que le ocurre a todo joven. Pero esta vez el objeto de los pensamientos y de los actos fue excesivo para un muchacho. En la palestra, en las habitaciones, por las orillas del Eurotas, hablaba con el huésped, se volvía su compañero, lo escuchaba. Escuchaba las historias de Delos y de Delfos, Tifón, Tesalia, el país de los Hiperbóreos. El dios hablaba sonriendo tranquilo, como lo hace un caminante al que se creía muerto y que regresa con más experiencia. Lo cierto es que el señor nunca habló de su Olimpo, de sus compañeros inmortales, de las cosas divinas. Habló de sí mismo, de la hermana, de las gracias, como se habla de una vida familiar— maravillosa y familiar. Alguna vez escucharon juntos a un poeta vagabundo, hospedado durante la noche.

Tánatos. No hay nada malo en todo esto.

Eros. Nada malo y, por el contrario, palabras de consuelo. Jacinto aprendió que el señor de Delos, con aquellos ojos indecibles y aquella sosegada palabra, había visto y tratado muchas cosas en el mundo que podían ocurrirle también a él algún día. El huésped hablaba también de él, de su suerte. La vida menuda de Amiclea le era clara y familiar. Hacía proyectos. Trataba a Jacinto como a un igual y coetáneo, y los nombres de Aglaia, Eurínome, Auxo — mujeres lejanas y sonrientes, mujeres jóvenes, que vivieron en misteriosa intimidad con el huésped— eran pronunciados con una tranquila negligencia, con un gusto indolente que estremecía el corazón de Jacinto. Así se sentía el muchacho. Delante del señor cualquier cosa le resultaba fácil, clara. A Jacinto le parecía poderlo todo.

Tánatos. He conocido a otros mortales. Y más expertos, más sabios, más fuertes que Jacinto. A todos los destruyó ese afán de poderlo todo.

Eros. Querido mío, en Jacinto no hubo más que esperanza, una temblorosa esperanza de asemejarse al huésped. Ni siquiera Apolo el Radiante recogió el entusiasmo que leía en esos ojos —le bastó con provocarlo—; ya entreveía entonces en los ojos y en los bucles la hermosa flor salpicada que era la suerte de Jacinto. No pensó ni en palabras, ni en lágrimas. Había venido para ver una flor. Esta flor tenía que ser digna de él— maravillosa y familiar, como el recuerdo de las Gracias. Y con serena indolencia creó esa flor.

Tánatos. Somos cosas feroces nosotros, los inmortales. Yo me pregunto hasta dónde los dioses del Olimpo hacen el destino. Osarlo todo puede que los destruya a ellos también.

Eros. ¿Quién puede decirlo? Desde los tiempos del caos no se ha visto más que sangre. Sangre de hombres, de monstruos y de dioses. Se comienza y se muere en la sangre. ¿Cómo crees tú haber nacido?

Tánatos. Que para nacer hace falta morir, lo saben también los hombres. No lo saben los dioses del Olimpo. Se lo han olvidado. Ellos permanecen en un mundo que pasa. No existen: son. Cada capricho suyo es una ley fatal. Para expresar una flor destruyen a un hombre.

Eros. Sí, Tánatos. Pero ¿no vamos a tener en cuenta los hermosos pensamientos que Jacinto encontró? Esa ansiada esperanza que fue su muerte, fue también su nacimiento. Era un joven inconsciente, algo absorto, nimbado de infancia, el hijo de Amicleo, rey modesto de tierra modesta— ¿qué hubiera sido de él sin el huésped de Delos?

Tánatos. Un hombre entre los hombres, Eros.

Eros. Lo sé. Y sé también que no podemos sustraernos al destino. Pero no es mi costumbre enternecerme ante un capricho. Jacinto vivió seis días en la sombra de una luz. De la perfecta alegría, no le faltó ni siquiera el final rápido y amargo. Ese que no conocen los dioses del Olimpo y los inmortales. ¿Qué otra cosa querrías, Tánatos, para él?

Tánatos. Que Apolo el Radiante lo llorase como nosotros.

Eros. Tú pides demasiado, Tánatos.

NOSOTROS TAMBIÉN AGRADECEMOS:

- Diario El Mundo (Madrid)
- El Faro de Vigo
- La Guía de Ajoblanco (Barcelona)
- Agencia EFE-EFETEXTO
- Club Diario de Ibiza
- Periódico de Aragón
- Diario Clarín (Buenos Aires)